

EL GRAN DESIGNIO DEL AMOR DE DIOS

Quentin Hakenewerth, S.M.

**Edición digital para Ágora marianista,
basada en la edición española en papel, del Servicio de Publicaciones Marianistas
(Espiritualidad marianista nº 22). Madrid. 2009**

INTRODUCCIÓN

Este libro¹ viene a acompañar a otra obra publicada anteriormente: *Creciendo en las virtudes de Jesús*², que describe el proceso de cómo adquirir y vivir en nuestro interior las virtudes de Jesús. Su método forma una parte importante de la espiritualidad que nos enseñó el **Beato Padre Chaminade**, fundador de la **Familia marianista**; pero es solamente una parte.

El presente libro ofrece otros aspectos principales de la **Espiritualidad Marianista**, **explicada en relación a la vivencia de las virtudes de Jesús**. No es necesario haber leído *Creciendo en las virtudes de Jesús* antes de emplear este libro. Sin embargo se debe tener en cuenta que los dos libros conjuntamente, son un todo de esa espiritualidad, lo cual es la realidad vivida de lo que llamamos “carisma marianista”.

“Carisma” se emplea en el lenguaje corriente para significar una atracción, un encanto personal difícilmente expresable con palabras, pero que se puede ver y sentir por cómo nos influye. Hablamos de un líder carismático, de un presentador, de un orador. Normalmente queremos indicar a alguien que tiene una presencia fascinante y ejerce una influencia sobre otros que con dificultad podemos explicar verbalmente. Podemos describir nuestra experiencia de ese influjo, los resultados de la presencia o las acciones de esa persona, pero cuando queremos describir sus cualidades especiales decimos sencillamente que ella a él tiene “carisma”. Es un “don” de su naturaleza.

De la misma manera, carisma en sentido espiritual es un “don” distintivo que proviene de Dios, no algo que viene automáticamente con el bautismo. Es un favor espiritual que nos hace capaces de tener experiencia de Dios o de algunas realidades espirituales de una manera especial. Tal tipo de carisma tiene su propia fascinación y atractivo, y podemos ver sus beneficios en nuestras vidas cuando hemos sido tocados por él.

El Beato Chaminade recibió un carisma espiritual para el proyecto de—con sus propias palabras—“reconstruir la Iglesia en Francia y en el mundo entero”. Aunque fue para él una profunda experiencia personal, el Padre Chaminade consideró el carisma marianista como un

¹ Original: “The Great Design of God’s Love”. Burke Publishing Company. San Antonio. Texas. USA 1997

² Original: “Growing in the Virtues of Jesus”. Burke Publishing Company. San Antonio. Texas USA 1996

don del Espíritu Santo para ser compartido con tantas personas como se abrieran a él. Este libro abriga la esperanza de compartir ese don contigo, de tal manera que puedas experimentarlo en tu propia vida. No es fácil hacer una síntesis de los elementos de un carisma espiritual, ya que es un don multiforme que viene del Espíritu Santo. Sin embargo la experiencia de vivir el carisma marianista nos hace volver continuamente hacia ciertas realidades que enumeramos a continuación:

(1) Una visión de **Jesucristo** como *Hijo de Dios hecho hijo de María para salvar a todos los hombres de las consecuencias de sus pecados*. Esta verdad es el fundamento, el punto central y la fuerza integradora de los otros rasgos de la espiritualidad marianista.

(2) *Una distintiva relación con María* que penetra nuestra vida, una relación que Jesús nos pide que continuemos como parte de su proyecto de salvar a la gente de los efectos de sus pecados. En esta devoción experimentamos la influencia transformadora de la presencia de María en nuestra personalidad y en nuestras relaciones con los demás.

(3) *Un método para crecer en las virtudes de Jesús*, en aquellas actitudes y fuerzas interiores que necesitamos para vivir la gran riqueza de todos los elementos de esta espiritualidad.

(4) *Vivir con espíritu de fe*, o sea una mentalidad que ve y juzga todas las cosas a la luz del gran designio de amor de Dios. Esta fe cambia nuestra manera de pensar, pero también nuestra manera de sentir. El Padre Chaminade llamaba a esta actitud **“la fe del corazón”**, es decir, una fe reforzada con una energía y un compromiso afectivos. Vivir con la fe del corazón produce curación, libertad interior y una vida espiritual nueva en medio de las influencias y expectativas del mundo de hoy.

(5) Una manera de *rezar con fe y caminar en la presencia de Dios* en medio de un mundo agitado y un ambiente lleno de ruidos.

(6) Participación en una *misión común* para ayudar a completar la obra de Jesús en nuestro mundo.

(7) La práctica del *espíritu de familia* que hace de la *comunidad* el medio normal de nuestra vida y de nuestro trabajo.

(8) Empleando un sistema de *organización y administración a través de Tres Oficios*, el cual asegura que atendemos a las grandes solicitudes de Cristo en toda nuestra vida de comunidad y en nuestro trabajo.

Así como *Creciendo en las virtudes de Jesús*, este libro está preparado para ser usado en grupos, aunque puede utilizarse con provecho para el crecimiento personal.

Cada capítulo empieza explicando algún aspecto del carisma marianista, y luego presenta temas para la oración y reflexión personal o para compartir en grupo. Compartir ideas y experiencias es especialmente provechoso. En el compartir, la gracia de Dios actúa y experimentamos lo que Jesús prometió: *El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre les enseñará todo y les recordará todo cuanto yo les he dicho* (Jn 14,26).

El gráfico de la página siguiente nos permite ver las distintas facetas del carisma que forman un todo. Cada faceta del carisma es necesaria para las otras, de forma que todas juntas no dan la experiencia completa de ser una cosa con Jesús y hacernos cada vez más como él, *Hijo de Dios hecho hijo de María para salvar a todos los hombres de las consecuencias de sus pecados*. Este es el gran designio del amor de Dios.

Quentin Hakenewerth sm

EI P. QUENTIN HAKENEWERTH es un religioso marianista de Estados Unidos. Fue Asistente General de Vida Religiosa, y luego Superior General de la Compañía de María (1991 al 1996). En estos servicios se distinguió especialmente por el impulso que dio a la formación en la Espiritualidad marianista en todo el mundo. Promovió el intercambio internacional sobre formadores y publicó también la primera antología moderna sobre textos fundacionales (“El espíritu que nos dio el ser”. En español: Servicio de Publicaciones Marianistas (Espiritualidad marianista nº 1). Madrid. 1992

2
**Alianza especial
con María,
Madre de Jesús**

8
Administrar
las solicitudes de Cristo
por medio de
los Tres Oficios

3
Vivir las
virtudes de Jesús

7
**Comunidad
y
espíritu de familia**

1
Verdad Central
Jesucristo
Hijo de Dios
hecho hijo de María
para salvar a los hombres
de las consecuencias de sus
pecados

4
Vivir por **la Fe
del corazón**

6
Compartir
una misión común

5
Orar con Fe
en un mundo agitado

1

AMOR REDENTOR

*Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hijo de María
para liberar a todos los hombres
de las consecuencias de sus pecados.*

Esta es la descripción precisa del Padre Chaminade del Jesús a quien estamos llamados a seguir como marianistas. Se nos invita a vivir este misterio: llegar a estar unidos con Jesús bajo la influencia de María, viviendo las virtudes que llenen el mundo de hoy con el amor redentor de Dios.

La mayor fuerza para el bien del mundo es el amor. Una verdadera relación de amor produce cambios para el bien que ninguna otra cosa puede conseguir. Se hace más bien por amor que por la coerción, la persuasión, la dominación o incluso “salir ganando”. El amor verdadero puede invitar al bien en otra persona allí donde otro tipo de relación falla. Tal amor es la meta de las virtudes. El vivir las virtudes de Jesús nos hace capaces de amar a los otros de una manera que les ayude a liberarse de su ego y a crecer en su ser verdadero. Ese es el amor redentor de Jesús.

El siguiente relato en el libro “El canto del pájaro” de Anthony de Mello, SJ. nos hace ver el efecto notable del amor al sacar afuera lo mejor que hay en otra persona sin ningún tipo de presión.

Durante años fui un neurótico. Era un ser angustiado, deprimido y egoísta. Y todo el mundo insistía en decirme que cambiara. Y no dejaban de recordarme lo neurótico que yo era.

Y yo me ofendía, aunque estaba de acuerdo con ellos, y deseaba cambiar, pero no me convencía de la necesidad de hacerlo, por mucho que lo intentara.

Lo peor era que mi mejor amigo tampoco dejaba de recordarme lo neurótico que yo estaba. Y también insistía en la necesidad de que yo cambiara.

Y también con él estaba de acuerdo, aunque tampoco podía impedir ofenderme con él. De manera que me sentía impotente y como atrapado.

Pero un día me dijo: “No cambies. Sigue siendo tal como eres. En realidad no importa que cambies o dejes de cambiar. Yo te quiero tal como eres y no puedo dejar de quererte”.

Aquellas palabras sonaron en mis oídos como música: “No cambies. No cambies. No cambies...Te quiero...”.

Entonces me tranquilicé. Y me sentí vivo. Y, ¡oh maravilla!, cambié.

El amor auténtico desea plenitud de vida y felicidad en aquellos que amamos, y nos hace capaces de querer sacrificarnos a nosotros mismos para conseguir esa meta. Incluso aunque sintamos que no podemos hacer que eso suceda, aún nuestro amor desea ardientemente curar todas las heridas, levantar toda pesadumbre, suplir todo lo que les falta a los que amamos de verdad. Pero nuestro amor no emplea la fuerza, no oprime. El poder del amor está en nuestra presencia ante el otro, en nuestro sacrificio por él. En un tal amor, nuestro verdadero yo encuentra alegría en estar dispuesto a dar lo que el otro necesita para crecer a su plena capacidad.

El amor está en su mejor forma cuando seguimos estando presentes con nuestra afirmación y cariño cuando nuestros amigos o amigas están en su peor momento. En ese momento el otro está pasando por algo doloroso en su “viejo ser” que necesita cambiar, pero no puede conseguirlo solo. No puede ni siquiera definir o dominar sus fallos; sólo pueden negarlos

o mirarlos como si estuvieran fuera de nosotros. En nuestra relación podrían proyectar sobre nosotros todo lo negativo que necesitan remover; podrían criticarnos y censurarnos como una esperanza camuflada de que podamos sanarles o darles lo que les falta. El amor absorbe sus quejas, sus acusaciones y críticas sin defenderse ni devolver el golpe, porque el amor cree en el verdadero yo del otro que está sin desarrollarse.

Nuestra presencia cariñosa y solícita da a los otros la aceptación que necesitan para enfrentarse con su ser aún no redimido, para cambiar y para crecer en la grandeza que espera ser desarrollada en ellos.

Cuando yo andaba practicando la terapia, una colega mía tenía una niña de cinco años sometida a tratamiento. Esta niña estaba llena de heridas de necesidades no atendidas, lo cual lo expresaba con egoísmo, con reclamaciones y muchas clases de enojo. También andaba caprichosa y a veces muy deprimida. Nadie recordaba haberla visto haciendo algo amable para alguien. Pregunté a mi colega qué método estaba usando en la terapia. Ella respondió: “Amor”. Yo dije: “¿Puede explicarme eso un poco?” Ella dijo: “Yo absorbo todas sus expresiones negativas y sigo dejando que ella sienta mi amor a su “yo bueno” que aún no ha crecido. En ese amor ella tendrá lo que necesita para abandonar su yo devastado y empezar a descubrir lo bueno que en ella yace dormido. ¿Te gustaría observar una de mis sesiones con ella?”

La sesión que yo presencié fue la única en la que se produjo una ruptura. La niña comenzó con un enfado muy terco que fue creciendo hasta un enojo oscuro. Empezó a dirigir su hostilidad hacia la terapeuta. Mi colega siguió afirmándola y animándola cariñosamente a expresar lo que estaba sintiendo. La niña lo hizo y cuando se estaba acercando a sus verdaderas heridas cargó una pistola de juguete con una bala adhesiva. Ella la apuntó a la cara de la terapeuta y esperó, dándole tiempo para defenderse. Mi colega le dijo que la quería por haber dicho lo que había hecho y pensaba que era valiente. La niña disparó la bala de caucho y le dio a la terapeuta en todo el punto de la nariz. Bajó la pistola y miró horrorizada a los ojos de la mujer. Ella se frotó su nariz, extendió sus manos y tomó a la pequeña en sus brazos. Después de unos momentos de honda emoción en los brazos de ella terminó la sesión.

Al salir de la oficina la niña se detuvo frente a la recepcionista, sacó un listón de su bucle y se lo puso en el pelo a la señorita. Era su primer acto de amabilidad hacia otra persona que estaba apareciendo del despertar de su verdadero yo.

Clamor redentor no nos hace un tapete para limpiar los pies. No aceptamos la injuria y las faltas de los otros de manera que demos más fuerza a su conducta egoísta. El amor redentor acepta las ofensas que otros nos causan de manera que ellos sean capaces de enfrentarlas. Ellos no pueden luchar solos, pero sí pueden en una lucha compartida. Permanecemos con ellos en amor de modo que en la fuerza de nuestra presencia cariñosa puedan hacer frente a sí mismos, ver su verdadero yo y cambiar.

Una vez una mujer fue invitada a pasar un fin de semana con un grupo de mujeres cuyos matrimonios estaban a punto de venirse abajo. Ella se sintió desgarrada en su interior porque sabía que aquel fin de semana se iba a convertir en un tiempo de acusaciones a los maridos. Ella amaba a sus amigas, pero no podía aguantar las injurias. Por eso no fue. Sin embargo, para que su amor fuera redentor debía permanecer en contacto con ellas de alguna manera. Siguió en contacto, sosteniendo en su amor la bondad no desarrollada en ellas, esperando el momento oportuno para decirles por qué no asistió a aquella reunión. Esa ocasión sería un “momento de verdad” en el que ellas podrían encarar el tema de sus insultos a los esposos.

Absorber las faltas y los pecados de los otros no nos destruye del todo si creemos en su verdadero yo y nos mantenemos en la verdad con ellos. Quedamos presentes, dispuestos a vivir con ellos su conflicto interior entre su yo pecador y su yo verdadero, un conflicto que ellos no pueden resolver solos. No hay redención fuera de una tal relación, y el amor redentor es esa relación.

Sólo el amor que cree en el verdadero yo del otro puede explicar por qué pongamos el bienestar de otra persona por encima del nuestro, especialmente cuando implica permitir que las faltas y pecados, los enfados y las exigencias de su yo egoísta nos crucifiquen por dentro, mientras nosotros sostenemos su yo verdadero con nuestro amor hasta que logre revivir. El gran

destino del amor es llevar a la plenitud de vida y de felicidad a aquellos que amamos. Nos proporciona una presencia que es necesaria para eliminar todo aquello que está bloqueando el crecimiento hacia una vida y alegría plenas. El amor redentor llama a la bondad que está todavía no desarrollada.

1. El amor transformador de Jesús

El ejemplo más grande del amor redentor es Jesucristo, **cuya vida entera es una expresión del designio del amor de Dios para con nosotros**. “He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado” (Jn 6:38). La voluntad de quien envió a Jesús es que nos liberemos de nuestro yo egoísta y que crezcamos en una total plenitud de vida, en nuestro verdadero ser. Dios actúa con nosotros solamente por nuestro bien, solamente por amor, porque “Dios es amor” (Jn 4,8 y16). Todo lo que Dios hace con nosotros lo hace con relaciones de amor. Jesús vino para traernos el impacto total de ese amor en nuestra vida. En la espiritualidad marianista resumimos esa verdad en lenguaje teológico diciendo: *Jesucristo, Hijo de Dios se hizo hijo de María para liberar a toda la gente de las consecuencias de sus pecados*.

Cuando el amor verdadero nos une con otra persona, nos une con todas las cosas que hay en el otro. Cuando Jesús nos ama, él se hace una misma cosa en todo lo que nosotros somos, lo bueno y lo malo. “A quien no conoció pecado le hizo pecado por nosotros para que llegásemos a ser justicia de Dios en Él” (2 Cor. 5,21). Jesús encuentra sus delicias en lo bueno que hay en nosotros y toma sobre sí lo que es nocivo, todas aquellas cosas negativas que nosotros no podemos eliminar por nosotros mismos, y nos abraza con un amor en el cual revive nuestro nuevo ser. Por ejemplo, cuando estamos enojados y lastimados, Jesús absorbe nuestro enfado y nos mantiene en su amor hasta que la herida de nuestro ego se convierta en alegría en nuestro yo verdadero. Él se hace cargo de nuestra culpa de modo que podamos vivir la libertad de la inocencia. Él se coloca en nuestro lugar ante Dios cuando estamos acusados, de modo que podamos vivir sin censura. Jesús absorbe todo aquello que en nosotros impide que seamos plenos y felices, mientras somos mantenidos en un amor en el cual encontramos todo lo que necesitamos para la plenitud y la felicidad.

Isaías describe con viveza este aspecto del amor de Jesús para con nosotros: “¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado” (Is. 53,4). San Mateo dice que Jesús vive esta profecía cada vez que nos sana: toma nuestras dolencias del cuerpo, del alma y del espíritu y se pone en nuestro lugar en el sufrimiento que nuestros pecados provocan (Mt. 8,16-17). Jesús nos cura por medio de una receta o de un poder a distancia. Él se hace uno con nosotros en una relación de amor y vive el cambio con nosotros.

El secreto del poder vivificador de Jesús reside en su unión íntima con el Padre. “El Padre y yo somos una sola cosa” (Jn. 10,30). A través de esa unión con el Padre Jesús tiene el poder que sostiene para amarnos hasta que nazcamos a una vida nueva. “Como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere” (Jn. 5,21). Al mismo tiempo añade Jesús: “Yo no puedo hacer nada por me cuenta... porque no busco mi voluntad sino la voluntad del que me ha enviado” (Jn. 5,30). Mientras Jesús se hace uno con nosotros en nuestra naturaleza humana, Él sigue siendo uno con el Padre en su amor mutuo. Así como nosotros, Jesús en su naturaleza humana tuvo que estar en unión con un poder superior. El tomar sobre sí nuestros pecados le destruye en su vida humana, por su permanente unión con el Padre le da aquella fuerza indestructible para resucitar a una nueva vida en Dios. A esa misma nueva vida nos está llevando Jesús por medio de su relación de amor con nosotros. Jesús nos acepta con lo peor de nosotros y se no entrega con lo mejor de Él. Su presencia ayuda a desligarnos de la garra de nuestros hábitos de autodestrucción y nos lleva a ser conscientes de que somos capaces de excelencia y felicidad. Él nos acoge en nuestro pecado para hacer salir en nosotros una vida nueva en la virtud. Incluso ahora, Jesús continúa tomando sobre sí mismo nuestras debilidades y vive todas nuestras experiencias de manera que podamos tomar en

nuestras manos nuestra vida y crecer más plenamente en nuestro verdadero ser. Jesús mismo lo dijo: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn. 10,10).

2. El amor redentor por medio de las virtudes

¿Cómo podríamos vivir este misterio y ayudar a llevar más el amor redentor de Jesús a nuestro mundo? ¿De donde podemos sacar el poder de amar a los otros de manera que les redima? Una vía es por medio de las virtudes de Jesús. En la práctica de las virtudes cada crecimiento obtiene un poco más del gran designio de amor de Dios, y antes de nada en nosotros mismos. En cada virtud perdemos algo de nuestro yo egoísta y nos hacemos dueños de algo nuevo en nuestro yo verdadero. Lo cual nos capacita para extender la mano a otros. De alguna manera cada virtud de Jesús nos hace capaces de afirmar lo bueno y redimir lo malo en ambos. Nuestra vida nueva en Cristo se hace concreta en nuestro amor del uno al otro. “Os doy un mandamiento nuevo: amaos unos a otros. Como yo os he amado, así también deben amarse los unos a los otros” (Jn 13,34). Es cierto, solemos demostrar nuestro amor dando regalos materiales, haciendo actos de amabilidad unos con otros, y eso es importante; pero más preciosa que cualquier regalo o servicio es una unión con otra persona en una relación que quita el peso, sana e invita a una vida nueva. Eso es lo que el amor de Jesús realiza.

El Padre Chaminade vio que el efecto de nuestras relaciones era por lo menos tan importante como nuestro trabajo. Él dice que Jesús, al declarar en la cruz que todo estaba consumado (Jn. 19,30) se refiere no sólo a las actividades tales como enseñar la buena nueva, hacer curaciones e instruir a sus discípulos, sino también a su vivir las virtudes en su relación con nosotros hasta el grado necesario para redimirnos. Como Jesús llevó a cabo todas las obras que el Padre estimó necesarias para redimirnos, así también vivió, hasta la plenitud de la consumación, todas las virtudes que nos unen a Él en una nueva vida. Todas sus virtudes tienen algo que hacer con relaciones que llevan a conseguir el gran designio de su amor: liberarnos de la carga de nuestro ego e inducir nueva vida a nuestro verdadero yo.

3. Las virtudes en nuestras relaciones

El vivir las virtudes de Jesús da a nuestras relaciones la capacidad de redimir lo que es destructivo y de fomentar lo que bueno en cada otra persona. Jesús nos dio una fórmula sencilla: “Como yo os he amado, así debéis amaros los unos a los otros” (Jn 13:34). Esto quiere decir: amarnos unos a otros con las mismas virtudes con las que Jesús nos ama. La interacción que se produce liberará, sanará y engendrará una vida nueva. Sin embargo, se necesitan dos condiciones para permitir a las virtudes producir sus maravillosos efectos: ser conscientes de los que está sucediendo en nuestras relaciones y un amor incondicional.

Ser conscientes. En el libro que acompaña a este, *Creciendo en las virtudes de Jesús*, la lucha entre nuestro yo egoísta y nuestro yo verdadero queda descubierta y llevada a estado consciente. Cuanto más nos hacemos conscientes de las exigencias egoístas por un lado y de las aspiraciones del verdadero yo por otro, tanto más somos y de crecer en las cualidades del verdadero ser.

En nuestras relaciones con los que amamos, nuestro ego seguirá todavía con sus reclamaciones, normalmente camufladas y rara vez reconocidas. Recuerden que nuestro ego nunca admite sus faltas, salvo cuando es para negociar y obtener algo más para sí. Las exigencias disimuladas de nuestro ego mantienen nuestras relaciones en una lucha de poder y enfocan nuestra atención sobre las necesidades ocultas que nunca con satisfacción o resueltas del todo. Debemos llegar a estar conscientes de lo que está saliendo de nuestro ego y lo que nos viene de nuestro verdadero yo; ser capaces de darle nombre y aceptarlo como cosa propia.

Desde luego nos duele admitir las exigencias de nuestro ego. Sin embargo, en ese caso deberíamos agradecer a Dios el que nuestro ego nos hiera. Cuando nos damos cuenta de esas exigencias y las sacamos a la luz, nosotros y los que amamos podemos enfrentarlas juntos con realismo. Vale la pena el esfuerzo y el desconcierto para llevar sanación y plenitud a nuestras

relaciones. Además crecemos en tomar conciencia, lo cual es indispensable para que nuestras relaciones sean redentoras.

Amor incondicional. Quizás sea mejor otra palabra: dar sin ninguna condición. Amar a otro sin condiciones quiere decir sencillamente dar lo que el otro necesita sin pedir nada a cambio. No hay ninguna condición que cumplir. Nuestro ego protestará con fuerza contra un tal compromiso. Afirmará que el amor es un trato de 50 a 50, que es injusto pensar solamente en dar sin tener la seguridad de que tendremos algo a cambio. El ego dará algo de sí mismo, pero siempre como parte de un trato. “Sí... pero ¿a mí qué?” Como vamos a ver, esta es una reclamación falsa que nos hace el ego.

4. Se necesita el amor incondicional para crecer y madurar

Nosotros estamos destinados a una final plenitud, incluso aunque tenemos todavía mucho que crecer para conseguirlo. El crecimiento es el modelo normal para todo el mundo. Nada es maduro cuando comienza a existir. “Llegar a ser” es una ley de todos los seres vivientes y el crecer es parte de la alegría y la satisfacción en la vida.

“La creación tiene su bondad y perfección propia, pero no salió plenamente acabada de las manos del Creador. Fue creada ‘en estado de vía’ hacia una perfección última todavía por alcanzar, a la que Dios la destinó” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 302). Dios nos llenó de su potencial para crecer, para devenir más de lo que somos. Mientras vamos creciendo sentimos una novedad, un valor. Crecer es emocionante y maravilloso... a menos que algo cubra u obstruya nuestro desarrollo.

Nosotros crecemos casi siempre a través de relaciones porque hemos sido creados a imagen de un Dios personal. Así como todas las relaciones de dios con nosotros nos inducen a crecer, de la misma manera nuestras relaciones con otras personas deben ser invitaciones a crecer.

Todos tenemos algunas partes de nuestro yo verdadero no desarrolladas que se empeñan a llegar a plenitud. Pueden aún estar sin desarrollar sencillamente porque nunca estuvimos en las condiciones favorables o nos faltó tiempo para desarrollarlas. Algunas capacidades de nuestro yo verdadero yacen probablemente bloqueadas por heridas no admitidas, por sentimientos enterrados, necesidades no atendidas o actos de defensa enraizados en nuestro falso yo. Con frecuencia estos impedimentos son inconscientes porque ocurrieron cuando no podíamos hacerles frente y nos faltaba una relación adecuada para tratarlos. En otras palabras, o habíamos experimentado el amor incondicional necesario para entender.

En tal situación nuestro ser sin desarrollar está naturalmente esperando y buscando amigos—o con frecuencia un amigo—que nos aporte un amor incondicional que nos dé aquello que necesitamos para madurar y tener plenitud. Nuestro ego va a insistir diciendo que nuestros amigos deberían desarrollar nuestras capacidades no desarrolladas por nosotros, de manera que nosotros no tenemos que admitir nuestros defectos y faltas. Cuando ellos no reparan nuestros defectos, los criticamos, regateamos, amenazamos con marcharnos o cualquier cosa que nuestro ego piensa que los empujará a ellos para que nosotros crezcamos. Desde luego, incluso nuestros mejores amigos no pueden crecer en lugar de nosotros; ellos sólo pueden ofrecer los que necesitamos para crecer nosotros mismos. Siempre seguimos siendo el agente de nuestra propia madurez, pero el amor incondicional de otra persona crea condiciones favorables en las cuales nosotros podemos llevarlo a cabo.

Los amigos verdaderos nos aman tal como somos. Su presencia es sin condiciones y nos estrecha en sus brazos por completo. Ellos absorben nuestras quejas y malos humores, ellos llevan en sí mismos nuestras cualidades no desarrolladas y nos procuran el ambiente necesario para la afirmación y la virtud, hasta que sepamos reconocer y reclamar aquellas cualidades no desarrolladas en nosotros mismos.

Sin embargo ellos lo hacen todo por medio de permanecer en la verdad; no nos permiten que evitemos nuestra propia responsabilidad. El amarnos tal como somos, de hecho nos anima al crecimiento.

El amor incondicional es el núcleo de cualquier amistad verdadera. Mientras haya amistades que incluyen un auténtico compromiso para el crecimiento de ambos, ellas producirán plenitud y bienestar... y tendrán duración. Especialmente el matrimonio es capaz de sanar y hacer crecer cuando el amor de los cónyuges es un compromiso mutuo de ir hacia la redención y la plenitud.

5. El otro lado del milagro del amor incondicional

Es natural que nuestro yo inmaduro busque amor sin condiciones de los otros, sencillamente porque lo necesitamos del todo. Sin embargo Jesús nos dice que podemos encontrar ese amor en Él. Nos enseña que en nuestra vida interior el mejor camino para que algo se viva en plenitud es darlo a los otros. Cualquier necesidad que consigamos llenar en los otros nos invita a desarrollar la misma capacidad en nosotros mismos. De manera maravillosa el amor incondicional, penetrado de las virtudes de Jesús, descubre nuestros propios dones y provoca nuestro propio crecimiento hacia la madurez. El amor auténtico que estamos dando a los otros se desarrolla en nosotros, y un nuevo valioso ser suprime las exigencias de nuestras necesidades egoístas. Aunque el núcleo del amor se enfoca al bien del prójimo, nada nos produce tanto bien a nosotros como el hecho de dar lo que necesitan para crecer a aquellos a quienes queremos. Los que quieren salvar su vida en una relación de amor la perderán, pero los que pierdan su vida por el otro la salvarán (Lc 9:24). Esa es la paradoja del amor: el sacrificio que hacemos por el otro despierta su propio don de vida nueva en nosotros. Al perdonar a otros, somos perdonados. Al ser compasivos con otros, nos vemos llenos de misericordia. Cuando absorbemos el disgusto del ego del prójimo, somos capaces de sentir el potencial de su verdadero yo. Cuando amamos a otros con amor incondicional, el bien que queremos despertar en ellos se ve despertado en nosotros. Lo que nuestro amor engendra en ellos también nace en nosotros.

El milagro del amor sin condiciones a veces puede observarse en la atmósfera que crea en un grupo. Tuve experiencia de esto una vez durante un viaje en autobús desde Dayton a Saint Louis. La gente que tomaba el autobús en Dayton estaba toda de mal humor. La atmósfera no mejoró cuando entramos dentro del bus al completo. Cada cual parecía guardar su propio espacio con empujones y quejándose del egoísmo de los demás. Yo ocupé mi lugar y me metí mi concha, un poco deprimido. El mal humor siguió pesado mientras viajábamos. Hicimos una parada en una pequeña población de Indiana para tomar algo. Cuando volvimos a subir al autobús había un nuevo pasajero, una adolescente que estaba sonriendo y ayudando a todo el mundo a su alrededor. Ella no parecía poner ninguna condición para ser amable con los demás. Incluso cuando hubo gente que le respondía refunfuñando, ella seguía con su amabilidad natural y su agradable sonrisa; incluso consiguió una contestación de alguna gente que se hallaba sentada y malhumorada desde Dayton. Se sentó enfrente de mí. Yo estaba fascinado ante ella. Cuando empezó una conversación con su compañero pude reconocer varias virtudes de Jesús en su conducta. Y poco a poco aquella actitud se propagó a todo el autobús. Cuando llegamos a Saint Louis un buen número de pasajeros estaban alegres y se ayudaban entre sí. Y abandoné el bus muy agradecido a la amabilidad incondicional de aquella jovencita.

6. Participar en el Designio de Amor de Dios

Jesucristo, Hijo de Dios que se hizo hijo de María para liberar a todos los hombres de las consecuencias de sus pecados: esta es la definición resumida de la vida marianista del Padre Chaminade. El llegar a ser una cosa con Jesús en este gran misterio redime lo que des dañino y desarrolla lo que es bueno en el otro. Hemos sido llamados a vivir este amor redentor de manera consciente y con gran dedicación. El Padre Chaminade declaró también esta finalidad de otra manera: la conformidad con Jesucristo para ayudarle a su misión en el mundo.

Jesucristo, Hijo de Dios. Nos hacemos uno con Jesús como Dios, siendo con aquel poder altísimo que se necesita para sostener una relación redentora. *Que todos sean uno como Tú, padre, en mí y yo en ti, que así ellos estén en nosotros* (Jn 15,12).

Jesús que se hizo hijo de María. Llegamos más a ser uno con otros cuando la influencia de María nos va formando en las virtudes de Jesús. Este rasgo común de familia nos capacita para practicar de manera especial el nuevo mandamiento de Jesús: ... *que os améis los unos a los otros como yo os he amado* (Jn 15,12). Con Jesús como presencia que nos reúne (*Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* – Mt 18,20) nos asociamos fuertemente en una amistad moldeada por la influencia de María, una verdadera Familia de María.

Para liberar a todos los hombres de las consecuencias de sus pecados. La conformidad con Cristo en sus virtudes bajo el influjo de María tiene por meta la misión. El Padre Chaminade nos dice: “Todos vosotros sois misioneros”. Nosotros tenemos que llegar hasta otros de manera que los maravillosos efectos del amor redentor de Cristo se realicen de nuevo a través de nosotros. En verdad os digo: *el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y las hará mayores que estas* (Jn 14,12).

+ + + + +

El 17 de febrero de 1941 el Padre Maximiliano Kolbe fue detenido en Varsovia por la GESTAPO. El 28 de mayo se encontraba entre los 308 prisioneros enviados a Auschwitz, un campamento de exterminio nazi. Compartió varias semanas el trato inhumano y el trabajo aniquilador de los demás prisioneros. Una tarde, a fines de julio de 1941, reinaba una gran agitación en el Bloque 14 donde el Padre Kolbe estaba; un prisionero de aquel Bloque se había escapado. Si no se lo encontraba, diez hombres del Bloque 14 serían enviados, en represalia, al bunker de la muerte para morir lentamente de hambre y desesperación.

El prisionero evadido o fue encontrado. Los prisioneros del Bloque 14 fueron alineados en el campo de la prisión. Fueron escogidos, a la ventura, diez de ellos; se les ordenó dar un paso al frente. Formaban una hilera delante de los otros prisioneros. De una de ellos se escapó un grito desesperado aludiendo a su esposa y sus hijos. Entonces sucedió algo que nadie imaginaría en un campo de concentración nazi: un prisionero dio un paso adelante fuera de la fila sin ser llamado y caminó hacia el comandante y comenzó a decirle algo. Todos esperaban verle abatido por una ráfaga de metrallera. Eso era lo que solía ocurrir. Sin embargo, no sucedió así. ¿Por qué? He aquí el testimonio de Fran Gajowniczek, el hombre casado y con dos hijos que había chillado con aquel grito tan desesperado: “Estábamos alineados en diez filas para el momento de pasar la lista en la tarde. Yo estaba en la misma fila del P. Kolbe; tres o cuatro presos nos separaban. El ‘Lagerführer’ Fritch, rodeado por sus guardias, se acercó y comenzó a escoger a diez prisioneros al azar para enviarles a morir. El me apuntó también con su índice. Yo di un paso al frente y un grito se me escapó. ¡Quería ver una vez más a mis hijos! Pasado un instante, un prisionero salió de la fila ofreciéndose en mi lugar. Se aproximó al ‘Lagerführer’ y comenzó a decirle algo. Después uno de los guardas lo condujo al grupo de los condenados a morir; se me ordenó volver a las filas”.

El sacrificio del Padre Kolbe por otro prisionero impresionó fuertemente a todos los presos, ya que en un campo de concentración raramente se veía la más libera manifestación de amor por el otro. En este campo en donde cada cual pensaba en sí mismo y se negaba a dar ni siquiera una miga de su pan a alguien, había uno que dio su vida por un prisionero al cual ni siquiera había conocido. Su propia muerte voluntaria permitió a otro conseguir una vida liberada con su esposa y su familia.

+ + + + +

Algunas veces en el amor heroico por otro vislumbramos la debilidad de nuestro amor en nuestras propias relaciones. Incluso cuando nuestro amor es quebradizo o frágil, aún experimentamos su influencia asombrosa sobre lo que auténtico en nosotros.

Temas para la Oración y la Meditación

1. Piensa en el anhelo de Cristo de estar totalmente unido con nosotros en cada situación, menos en nuestros pecados.

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que, de manera semejante a nosotros, ha sido probado en todo, excepto en el pecado (Heb 4,15).

2. Contemplando el gran designio del amor de Dios para con nosotros, vemos que aunque Jesús estaba libre de pecado Él escogió el amarnos tal como somos, incluso cuando estamos en nuestro pecado.

A él, que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que llegáramos a ser la justicia de Dios (2 Cor 5,21).

3. La intención de Jesús de tomar nuestro pecado iba a liberarnos de todas sus consecuencias.

Subiendo al madero Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia y por sus llagas fuisteis sanados (1 Pe 2,24).

4. Piensa cómo el amor redentor de Jesús nos envía a la misión para los demás.

Queridísimos: si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros (1 Jn 4,11).

Porque vosotros, hermanos, fuisteis llamados a la libertad... servíos unos a otros por amor (Gal 5,13).

5. Considera la importancia dada a nuestra relación con Dios como el fundamento de todas las relaciones redentoras, tal como lo veía Adela de Trenquéleon, fundadora de las Hermanas Marianistas:

Debemos inculcar en nosotras el amor de Dios incesantemente... Veámonos unas a otras en Dios, pues Dios es el único principio de amistad y el vínculo que se sigue. Cuando nos amamos unos a otros en Dios, y por Dios, y a los ojos de Dios, estamos seguros de amarnos para siempre. Una amistad que no tiene esta base como fundamento no puede durar mucho tiempo (Cartas de Adela de Trenquéleon, vol. I, a edad de quince años).

Cuestionario para revisión personal y para compartir en grupo

1. ¿Puedes recordar una experiencia de haber sido amado sin condiciones? ¿Qué efectos tuvo ese amor en tu vida? ¿En qué es diferente de otras clases de amor?
2. Cuando tienes que amar a alguien que no parece capaz de amarte en respuesta ¿cómo te puede ayudar el mensaje de este capítulo?
3. Expresa lo que tú entiendes por amor redentor de Jesús. ¿Qué lo hace redentor?
4. Cuando un amigo está realmente hundido o lastimado, ¿qué les hace el estar simplemente presentes con ellos?
5. Considera con otros las cualidades del amor tal como lo describe San Pablo en 1ªCorintios 13,1-17. ¿Cómo las cualidades expresadas pueden hacer que tu amor al prójimo sea redentor?

2

La Presencia transformadora de María

Una relación personal con María, la madre de Jesucristo, es un punto central de la espiritualidad marianista. Es una relación que influye profundamente en nuestra vida entera. Es una forma especial de devoción mariana, no en el sentido de una práctica particular como lo es el rosario o una novena, sino una relación especial que vamos a explicar en este capítulo.

Hay un proverbio que dice: una imagen vale más que mil palabras. Vamos a aplicar esta idea para explicar esta devoción particular a María sirviéndonos de un icono que reproduce la imagen del Calvario. La escultura original, en terracota, está en la Casa General de la Compañía de María en Roma, y se ha reproducido muchas veces en la iconografía marianista, en medallas o estampas. Seguramente la conoces o la tienes. La imagen no es un icono en el sentido del estilo clásico y de las formas de un icono religioso, pero sí capta lo esencial de un gran misterio que nos esforzamos por vivir a través de una especial relación con María.



1. El Icono del Calvario

Esta escena en el monte Calvario capta aquel momento de la historia de nuestra salvación en el que Cristo está a punto de terminar su vida humana en esta tierra. Él ha llevado a cumplimiento todo lo que el Padre le pidió que hiciera. Sin embargo, su gran obra de salvar a toda la gente de las consecuencias de sus pecados aún no está terminada. Esa misión la debe continuar y llevar a término por medio de una nueva relación entre su Madre y su discípulo amado que asegurará la realización de su misión redentora en la tierra. Es importante entender que, en esta imagen, el discípulo amado es cada uno de nosotros. Juan representa a todos aquellos que son llamados a vivir esta relación especial con María para la salvación del mundo.

El evangelio de Juan informa de manera sencilla y profunda de este momento: *Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, le dijo a su*

madre: “Mujer, aquí tienes a tu hijo”. Después le dice al discípulo: “Aquí tienes a tu madre”. Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa (Jn 19,25-27).

Si observamos de cerca el “icono” descubrimos a tres personas metidas en un intercambio intenso: una especie de “diálogo” se está desarrollando entre ellos, como está descrito en el texto anterior de San Juan. **En primer lugar miramos a Jesús.** Lo vemos muriendo como víctima por todos los pecados del mundo. Está muriendo tomando el lugar de los pecadores. En su muerte está el perdón, la curación, la liberación y reconciliación de cada pecador... de todos los pecados que fueron o serán cometidos. La redención objetiva del mundo se ha producido.

Ahora la redención objetiva debe ser aceptada y recibida subjetivamente por las personal individuales que serán redimidas y transformadas. Jesús debe hacerse presente a la gente de tal manera que su persona, su sanación y liberación puedan ser acogidas por un acto libre de cada persona. Jesús confía esta misión a su Iglesia, sobre la cual enviará su Santo Espíritu. A esta hora sobre el Calvario Jesús transmite a su Madre y a su discípulo amado aquella relación mutua que Él mismo tiene con su Madre, una relación a través de la cual Jesús se hace presente a otros con su gracia transformadora y redentora.

Ahora miramos a María. La vemos viviendo este momento con intensidad junto a Jesús y aceptando a Juan como ella aceptó a Jesús. El Padre Chaminade interpreta las palabras de Jesús a su Madre de la siguiente manera: *Por las palabras dirigidas a María, ‘Mujer, aquí tienes a tu hijo’, parece que Jesús dice: “Tú eres la nueva Eva y me ves a mí, tu hijo primogénito, habiendo cumplido mi misión, retornando a mi Padre. Pero este hijo de tu fe y mi amor no ha llevado a cumplimiento su misión. Mujer, he aquí que te confío a él”.* Vemos el gesto de María aceptando con una mano este misterio que viene de Jesús, y con otra mano recibiendo a Juan en el lugar de Jesús para cumplir la misión de redimir al mundo.

La tercera persona en este diálogo de tres es Juan. Mientras se aflige muchísimo con María por el sufrimiento y la inminente muerte de su Hijo, alarga su mano al mismo tiempo para tomar a María en su vida como se lo está pidiendo Jesús. El Padre Chaminade comenta estas palabras de esta manera: *Al decir al amado discípulo, “Aquí tienes a tu madre”, Jesús quería decir: “Acepta a aquella que te concibió a ti espiritualmente en la fe cuando ella me concibió a mí físicamente en su vientre. Ella es tu madre como lo es mía, no de la misma manera, aunque por derecho de generación”.* Juan comprendió la gracia que Jesús le ofrecía y el evangelio dice: *y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa.* Recibir a María en su “casa” quería decir para Juan recibirla en su vida, en todo lo que más le importaba, especialmente en todo lo que él iba a hacer como discípulo y misionero de Jesús. María es ahora una parte de todo para Juan.

Ya mencioné antes que **Juan nos representa a todos nosotros. Lo que se le dijo a él se anuncia también a cada uno de nosotros. Se nos ofrece una gracia especial—un carisma del Espíritu Santo—para entrar en relación con María como madre nuestra para llevar a cabo la misión que Jesús nos confía.** Para vivir plenamente esta relación nosotros “la recibimos en nuestra casa”. Ella llega a ser parte de todos los aspectos de nuestra vida. Vivimos constantemente en su presencia, abiertos a su influencia. Nuestro gran interés con ella es la misión de Jesús en el mundo.

Hace algunos años una comunidad marianista a la que yo pertenecía quiso examinar si verdaderamente vivíamos esta llamada a recibir a María en nuestra vida. La pregunta concreta era: Si María viviera realmente con nosotros en esta casa ¿habría algo que debería cambiar? Era una interrogación reveladora. Decidimos eliminar algunos libros que no eran apropiados para su presencia. Decidimos ser más fieles a la oración, pues ella está siempre esperándonos. Pensamos que nuestras conversaciones deberían ir siendo más respetuosas y centrarse quizás a menudo sobre nuestra llamada y la misión confiada por Ella a nosotros. “Recibir a María en casa” es una devoción muy práctica.

2. Consecuencias de esta relación especial con María

Hay dos consecuencias importantes de esta relación con María como nuestra Madre y como la Madre de Jesús. **La primera consecuencia** es que **su presencia nos cambia** gradualmente para **ser más y más como Jesús, especialmente viviendo sus virtudes**. El Padre Chaminade nos dice: *No podéis permanecer mucho tiempo en la presencia y el servicio de la Madre de Jesús sin entrar pronto en las virtudes de su Hijo*. Esto no debe sorprendernos. La presencia de cualquiera persona en nuestra vida nos cambia de alguna manera.

Presencia significa estar con alguien de forma que algo diferente ocurre. La presencia es una relación que cambia algo en la persona con la que nos relacionamos. Tal vez la diferencia sea algo muy sutil o incluso no percibida, pero algo cambia. Por ejemplo, entramos en una habitación donde hay otra gente. Estamos “presentes” a ellos hasta el punto en que algo acerca de ellos cambia. Tal vez es que ellos se den cuenta, o adonde dirigir su atención. Podría darse un cambio en sus sentimientos o en lo que están diciendo. Esos cambios son el termómetro de nuestra presencia. Cuando la presencia es mutua, las dos personas cambian.

La presencia atrae a los otros al bien o al mal que nosotros tenemos incorporado, porque la presencia es una relación que comunica algo de lo que somos. En este sentido la presencia es un regalo nuestro al otro. Si nos relacionamos con otro con amor y compasión, nuestra presencia tenderá a engendrar bondad. Si estamos llenos de egoísmo o envidia u odio, nuestra presencia tenderá a ser destructiva. Sólo una presencia amorosa y cuidadosa engendra vida.

Desde luego podemos controlar hasta cierto punto el grado de presencia de otra persona hacia nosotros. Podemos recibir con agrado a otros en nuestra mente y corazón. Cuando decimos “sí” al don de otra persona a nosotros, aquella persona llega a ser una presencia que nos transforma. No obstante podemos evitar otras presencias, decirles “no y mantenerlos fuera de nuestra vida. Si las evitamos no tiene influencia sobre nosotros.

Ahora puedes ver la importancia de la presencia de María en nuestras vidas. Si decimos “sí” a ella y la recibimos hondamente, todo lo que ella es nos afecta profundamente. Su presencia transforma nuestra personalidad poco a poco en la semejanza de Jesús. Así pues, la primera consecuencia de esta devoción a María es que nos vamos haciendo gradualmente más y más como Cristo. Esta conformidad comienza por nuestra vida interior: nuestras actitudes, nuestros hábitos, nuestra manera de pensar, nuestros valores. Vivir las virtudes de Jesús se convierte en una fuerza central de nuestra conformidad con Él. Todo lo tocante a la presencia de María tiende a sacarnos de nuestros hábitos egoístas y llevarnos a las virtudes de Jesús.

La segunda consecuencia es que **con María emprendemos la misión de hacer cada vez más presente a Jesús en el mundo**. El Padre Chaminade dice que si entramos en el corazón de María encontraremos allí sólo los intereses de Jesús: el deseo ardiente de salvar a la gente de las consecuencias de sus pecados, del vacío de no conocer a Dios, de la violencia y la autodestrucción de la cultura de la muerte que nos rodea en el mundo de hoy. El corazón de María, como madre, ama tanto a Jesús que **engendra su presencia en todas partes; ella trae Jesús a las vidas de todo el mundo**. En nuestra relación con María nos metemos en este interés de ella y nos esforzamos por ser el tipo de presencia que ayuda a hacer más presente a Jesucristo allí donde estamos.

Hay hoy día tal necesidad de perdón, de sanación y de reconciliación que el amor de Jesús nos aporta. Hay tal vacío en la existencia de mucha gente porque no conocen a Jesucristo. Hace poco tiempo visité un centro de rehabilitación de drogadictos y hablé a los jóvenes de ese programa. Uno tras otro dijeron que entraron a las drogas porque su vida estaba vacía, muerta, sin sentido. En el programa que seguían se les puso en contacto con los valores evangélicos y ellos estaban recobrando vida de nuevo. Era impresionante oír cómo hablaban de haber estado muertos y de estar ahora volviendo a la vida de una manera nueva. Estaban encontrando a Jesús en los valores que el aporta, y esto les estaba procurando una vida nueva.

Nuestra relación con María nos hace más y más conscientes del efecto de nuestra presencia sobre los otros. Nuestra misma presencia se vuelve generadora en el sentido de que puede comunicar y llamar en otros la vida de Jesús. Eso es lo que la presencia de María hace

para nosotros, y eso es lo que queremos que nuestra presencia haga para los demás. Nos volvemos sus misioneros. Cuando desarrollamos nuestra relación con María nos unimos en su misión para hacer a Jesús presente a los otros. Las virtudes de Jesús se vuelven influencias activas en esa misión.

Esta devoción especial a María, pues, nos hace cada vez más semejantes a Jesús en sus virtudes y nos convierte en celosos misioneros de acuerdo con el corazón de María. Y ahora ¿cómo entramos en esta relación con ella?

3. Una relación como una alianza

Hay tres actos específicamente conscientes que nos ayudan a crecer en esta relación especial con María. El Padre Chaminade la comparaba con una alianza o pacto para conseguir que esos actos se pongan a nuestro nivel. Nosotros “recibimos a María en nuestra casa” por medio de tres actos de nuestra vida interior: elección, compromiso y comunión. Ya que nuestra relación con María es una alianza, ella hace ciertas cosas en relación con nosotros.

Primero, nosotros elegimos aceptar a María como nuestra Madre. Conscientemente decimos “sí” a ser su hijo o su hija. Deseamos y preferimos a María a cualesquiera otras posibilidades que podamos imaginar. Escogemos conscientemente recibir a María en nuestra vida, en todo lo importante para nosotros. No la escogemos obligados o como un mero deber, sino como una respuesta libre a una preciosa gracia que se nos ofrece.

María por su parte nos elige libremente como hijos e hijas suyos. De hecho, ella ya nos eligió hace mucho tiempo para esta relación. Si nosotros tenemos la suerte de sentirnos llamados a entregarnos a ella de esta manera especial, es porque ella ha puesto sus ojos en nosotros para que seamos consagrados en nuestra relación con ella. Ella ha escogido a cada uno de nosotros personalmente para vivir en unión plena con ella.

En segundo lugar está el compromiso. Nosotros **entendemos la misión de María de llevar a Cristo al mundo, de generar su presencia a sus vidas, y nos comprometemos a participar en esa misión.** Para ello dedicamos nuestras vidas y ponemos todos nuestros talentos y recursos a disposición de la influencia de María para realizar tan importante tarea. Nuestra vida toma un nuevo sentido porque somos ahora misioneros de María dondequiera que estemos y en cualesquiera circunstancias.

María por su parte está también comprometida con nosotros. Se compromete a protegernos contra el mal, a formarnos a semejanza de Jesús y a obtenernos todas las gracias necesarias en nuestra misión. Así como nosotros entregamos cuanto tenemos a María, así también ella pone a nuestra disposición todo cuanto ella tiene para nuestra vida y para nuestra misión.

En tercer lugar, formamos una comunión especial con María una comunión que es nueva y más profunda que cuanto hemos conocido antes con ella. En esta asociación con María **nos convertimos en parte de su familia.** Sentimos naturalmente un lazo especial y una cercanía hacia otros que han entrado en una relación semejante con ella. Este sentido de familia es una consecuencia preciosa de nuestra alianza marial. El sentido de pertenecer juntos se ve centrado en la presencia de María en nuestro ambiente formando una familia. En esta asociación nunca estamos solos, y nuestra comunión ayuda a vencer la soledad de otros.

María, por su parte, se hace a sí misma parte de todas las cosas en nuestra vida y nada que nos afecte queda fuera de su interés. Ella vive todas nuestras experiencias con nosotros, las buenas y las malas. Se nos asocia tan de cerca que todo cuanto hacemos se refleja en ella. María es nuestra Madre en todo.

4. La consagración sobre el Calvario

Precisamente a través de esos tres actos interiores de elección, compromiso y comunión, la acción del Espíritu Santo nos consagra en nuestra relación con María. Si volvemos a mirar nuestro icono del Calvario podemos percibir que se está produciendo este tipo de consagración. Jesús invita a su Madre y a su discípulo amado a entrar en una mutua relación. Jesús sigue siendo el centro, como fuente y sentido de esa relación. El amor de ellos por el otro es una continuación de su amor a Jesús, de su persona y su misión. Ambos, María y Juan, indican con una mano su amor sin límites. Dirigiéndose a Él le dan su amor, y reciben de Él gracias abundantes y el sentido pleno de su relación unos con otros.

Por otra parte, sin embargo, están indicando su elección deliberada de cada uno como madre e hijo. Perderíamos definitivamente el tema si pensáramos esto en una relación de padre-hijo. Esta es una comunión entre dos personas adultas, en la cual “madre” e “hijo” sencillamente definen sus funciones específicas. Ellos se veían comprometidos el uno al otro en sus funciones propias para llevar a cabo la misión de Jesús en todas partes del mundo. Su relación mutua se transmitirá a otros a través de su presencia, de manera que una multitud de personas serán llevadas, juntas y de manera gradual, a una asociación que es como una gran familia.

En esta devoción a María, **Jesús es siempre el centro que santifica y también es la meta**. Deseamos ardientemente **ser formados en su semejanza y cumplir su misión** de salvar a cada persona de las consecuencias de sus pecados.

+ + + + +

Temas para la Oración y la Meditación

1. Contempla la relación que Dios, como segunda persona de la Trinidad, estableció con María cuando ella dijo “Sí” a través del Ángel Gabriel.

Y el ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia en Dios. Y he aquí que vas a concebir en tu vientre y a dar a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y se llamará Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará por los siglos sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin”...Y el ángel le replicó: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te dará sombra; y por ello también lo que nazca será llamado santo, Hijo de Dios... porque nada es imposible para Dios”. Y dijo María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,30-33,35-37,38).

2. Considera la suave influencia de la presencia de María en la boda de Caná. De aquella presencia activa deriva el milagro fascinante que se produce.

Y al tercer día hubo bodas en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús; y habían sido invitados también Jesús y sus discípulos. Y habiendo faltado el vino, le dice la madre de Jesús a éste: “No tienen vino”. Y Jesús le replica: “¿Qué nos toca en ello a mí y a ti, mujer? Todavía no ha llegado mi hora”. Y su madre les dijo a sus servidores: “Hagan lo que él les diga” (Jn 2, 1-15).

3. Tómate tu tiempo para ponderar en tu corazón la escena del Calvario la cual se nos invita a vivir en nuestras propias vidas.

Y estaban junto a la cruz de Jesús la madre de éste y la hermana de la madre, María de Cleofás y María Magdalena. Jesús, pues, viendo a su madre y a su lado de pie a aquel discípulo que amaba, le dice a su madre: “Mujer, he ahí a tu hijo”. A continuación le dice al discípulo: “He ahí a tu madre”. Y desde aquella hora la tomó el discípulo como cosa suya (Jn 19, 25-27).

4. Esta “Oración de las Tres” encierra lo esencial de la relación a María en el Calvario:

Señor Jesús,
aquí nos tienes reunidos al pie de la cruz
con tu madre y el discípulo que Tú amabas.
Te pedimos perdón por nuestros pecados
que son la causa de tu muerte.
Te damos gracias por haber pensado en nosotros
en aquella hora de salvación
y habernos dado a María por madre.
Virgen Santa, acógenos bajo tu protección
y haznos dóciles a la acción del Espíritu Santo.
San Juan, alcánzanos la gracia de acoger,
como tú, a María en nuestra vida
y de asistirle en su misión Amén.

Cuestionario para reflexión personal y para compartir en grupo

1. Comparte un suceso de tu vida en el cual tú dijiste “sí” a la presencia de otra persona, y explica cómo produjo algo diferente en ti.
2. Si has intentado vivir una relación personal con María, explica qué efecto tuvo en ti.
3. Explica cómo la asociación con alguna persona influyó en ti para adquirir cierto hábito.
¿Cómo el asociarnos con María nos influye para desarrollar las virtudes de Jesús?
4. ¿Cómo te ves a ti mismo desarrollando la misión de María en tu vida?
5. ¿Cómo puedes llevar a María a tu vida, acogerla en tu casa?

